1750

Cara y Cruz.

12

CARA Y CRUZ

CARA Y CRUZ

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO DEL CIRCO el día 27 de Abril de 1866.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

1866

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA BRIGIDA............	SRA.	DOÑA EMILIA DANSANT.
SOFÍA.....................	SRTA.	DOÑA CLOTILDE LOMBÍA
SERAFÍN..................	SR.	DON JUAN CATALINA.
DON PÁNFILO............	»	» MIGUEL IBÁÑEZ.

AL SEÑOR DON JUAN CATALINA

Dedica á usted este primer ensayo en testimonio de profundo y eterno agradecimiento, su servidor y amigo,

Miguel Echegaray.

ACTO UNICO

La escena representa una sala amueblada con elegancia: puertas á la izquierda del espectador; puerta á la derecha en el proscenio; ventana en segundo término, puerta en el fondo; una mesa con libros á la derecha y á su lado un sillón; un sofá á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

BRÍGIDA y SOFÍA, ambas sentadas en el sofá.

BRIG Tu conducta ayer, Sofía,
me tiene muy enojada.
SOFIA. ¿Pero por qué, madre amada?
(Doña Brígida se aparta con enojo.)
¿Pero por qué, madre mía?
BRIG. ¿No lo sabes?
SOFIA. No lo sé.
BRIG. ¿Ni comprendes mis enojos?
¿Ni al suelo bajas los ojos
de vergüenza?
SOFIA. ¿Mas por qué
esta inesperada riña?
BRIG. ¿Puede serme indiferente,
que delante de un pariente
te portes como una niña?
Don Pánfilo llegó ayer

de Madrid con su sobrino,
y desde el punto en que vino
ya no te dejaste ver.

SOFIA. ¿Y esto es todo?

BRIG. ¿Y esto es poco?
Llegan ellos, y huyes tú,
cual si te siguiera el bú,
ó si te comiera el coco.
Serafín...

SOFIA. Tedio profundo
me causa, mamá, su tío.

BRIG. Pues niña, de ese desvío
se juzga mal en el mundo.
Y en fin, es acción villana (*Acalorándose.*)
no dar siquiera la mano
á don Pánfilo, el hermano
del marido de mi hermana.
Si sabes que Serafín
viene á verte... Lo sé yo:
si de tí se enamoró
en casa de don Crispín.

SOFIA. Pues por eso: yo me entiendo;
por eso ayer no salí.

BRIG. ¿Qué dices? ¡por eso...!

SOFIA. Sí.

BRIG. Ahora menos lo comprendo;
pero tú te explicarás.

SOFIA. Mamá, como tengo dote,
temo que buscando un lote
venga mi primo no más.

BRIG. No pienses de esa manera:
¡tu primo!... ¡por Dios! Sofía.

SOFIA. Eso es común en el día:
hoy pesca un dote cualquiera
con cuatro bolas que ensarta,
y bendiciendo al destino,
corre con él al Casino
y se lo juega á una carta.
Ó en amigos y en cafés,
y en intrigas amorosas,
y en cenas escandalosas,
lo gasta en un dos por tres.

Y mientras lloran sus hijos
y se parte el corazón
de su esposa, ¿cuáles son
sus pensamientos prolijos?
¿cuáles sus nobles afanes?
Ó de una carta la pista,
ó el amor de una modista
abonada á Capellanes.
Y aun no siendo jugador,
puro como un San Antonio,
¿qué esperáis de un matrimonio
donde no impere el amor?
¿dónde el más vil interés
viene á rendiros impío?
Para hoy un amor falsio
y olvido para después.

BRIG. Y esa sabrosa lección
de purísima moral,
que entonas sentimental,
¿qué me dice en conclusión?

SOFIA. Que no pienso darle el sí
hasta conocer mejor
si su volcánico amor
es por el dote ó por mí.
Hoy quiero ponerle á prueba
con un método ingenioso.

BRIG. Mira que eso es peligroso,
el orgullo se subleva:
y la especie es ya muy rara (Como en secreto.)
y los precios han subido,
y no se encuentra un marido
por un ojo de la cara.
Que como fiero escarmiento
y cual medida suprema,
han proclamado el sistema
fatal del retraimiento.

SOFIA. Pues si el sexo es tan adusto
llevaré á la tumba palma.
(Movimiento de despecho de doña Brígida.)
Quiero casarme con calma
para casarme á mi gusto.

BRIG. Mal juzgas á Serafín:

¡tan bueno, tanto talento!
va derecho al casamiento
como quien dice á su fin.

SOFIA. No, mamá, no le es extraño
mi corazón, y á fé mía
nunca me consolaría
si sufriera un desengaño.

BRIG. Contigo tal vez ahora
sueña en brazos de Morfeo.

SOFIA ¿Y mi tío?

BRIG. De paseo
salió al despuntar la aurora.

SOFIA. Puede venir Serafín,
y necesito arreglarme:
voy á vestirme y peinarme
al último figurín.
(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA II

BRÍGIDA

BRIG. ¡Habrá más loca de atar!
Con su modo de elegir
marido, para vestir
imágenes va á quedar.

ESCENA III

DOÑA BRÍGIDA y DON PÁNFILO. Éste entra por la puerta del fondo.

PANF. ¡Mi señora doña Brígida!

BRIG. ¡Oh, mi querido don Pánfilo!

PANF. Usted madruga muchísimo.

BRIG. Á todo nos hace el hábito.
¿Y usted viene?...

PANF. Del jardín.
Es un paraíso mágico,
dulce asilo de dos ninfas
profanado por un sátiro:
del vergel las puras auras

y de las aves los cánticos,
calma y paz dan á mi pecho,
color á mi rostro pálido

BRIG. ¿Tanto miedo tuvo usted?

PANF. ¡Señora, un horrible pánico!
Aquí llegamos huyendo
del cólera morbo asiático,
terrible huésped gangético
que nos sepulta en el báratro,
y perturbamos de ustedes
el sosiego dulce y plácido.

BRIG. El retiro y la amistad
no están reñidos, don Pánfilo.
¿Pero no se sienta usted?

PANF. ¡Gracias! (Echemos un párrafo.)
(Se sienta á su lado en el sofá.)

BRIG. ¿Usted solteron?

PANF. Soltero.
Y usted viuda con un vástago.
(Es rica.)

BRIG. (Es un buen partido.)

PANF. (¡No está aún vieja, voto al chápiro!
Tiene cincuenta.)

BRIG. (Es muy joven,
no está gotoso ni asmático.)

PANF. (Con tono sentimental.)
¡Cuál los años juveniles,
Brígida, se pasan rápidos!
¡Cómo en fútiles amores
por un instante posándonos,
sin apreciar las dulzuras
ni la santidad del tálamo,
á la antorcha de himeneo
el *De profundis* cantábamos!
Rubias, blancas, morenitas,
fuegos, azúcares, tábanos,
pequeñas como un piñón,
ó jigantes cual un plátano,
la de los tristes cuarenta,
y la de los quince cándidos,
modistas, duquesas, partes
de algún cuerpo coreográfico,

todo encontraba lugar
en el corazón elástico,
y pasaban sin dejar
huella en su camino rápido.
¡Y así pasaron mis días,
y así seguimos pasándonos!
Ya el celibato me pesa,
no es mi corazón un páramo,
y la soledad me aburre,
y aunque es caso problemático.
(Con expresión y ternura.)
busco un sér que me comprenda.

BRIG. No es tan difícil, don Pánfilo,
aún es usted joven...
(Con coquetería grotesca.)

PANF. Pues...
Yo nueve lustros impávido
he visto correr.

BRIG. Yo siete.

PANF. (¡Cáscaras! ¡eche usté el cuádruplo!)
¿Y usted piensa morir viuda?

BRIG. Tengo prole. (Bajando los ojos.)

PANF. Un ángel cándido
que sería en la familia
de paz y ventura oráculo.

BRIG. (¡Cómo me palpita *il core*!)
(Oprimiéndose el corazón con las dos manos.)

PANT. (Yo soy todo un diplomático.)
Aún está usted fuerte y tersa.
(Como una pasa. Romántico
voy á ponerme.)

BRIG. (¡Una flor
me ha dicho!)

PANF. Y habrá algún zángano
que vuele en torno á la rosa
su miel codiciando ávido.

BRIG. (¡Ay! ninguno me habló así,
me turba su acento mágico.)

PANF. Me parece que hablaremos
mucho mejor paseándonos.

BRIG. (Tiñe el rubor mis mejillas:
del jardín bajo los álamos

va á declararme sin duda
su amor ardiente y volcánico!)

PANF. (Ahora es preciso ser cómico,
y fingir en grado máximo.)

BRIG. ¡Don Pánfilo!

PANF. ¡Doña Brígida!
(Pecho al agua.) Vamos...

BRIG. Vámonos.

(Le da el brazo y desaparecen por la puerta del fondo.)

ESCENA IV

SERAFÍN, que sale por la puerta del proscenio que está á la derecha.

SERAFIN. ¡Qué sueño!... Ni un arcabúz
me despierta.
(Se asoma á la ventana.)
¡Hermoso día!
¡Si mi primita Sofía
se querrá dar hoy á luz!
¡Qué prima tan seductora!
Una morenita clara
con dos hoyos en la cara
de una gracia encantadora.
Con un pié que ni de día
se ve de chiquirritín;
con unos ojos... ¡en fin,
de la tierra de María!
Aún me acuerdo...
(Se detiene como evocando un recuerdo.)
¡Qué hechicera,
la ví en casa de Crispín!
(Se balancea como para bailar.)
y aquel baile... ¡Serafín,
qué habanera, qué habanera!
De su aliento la ambrosía
robaba con ansia loca,
y se secaba mi boca,
y mi corazón latía,

y su cintura galana
estrechaba en un abrazo,
y se extremecía el brazo
cual si tuviera terciana.
¡Ah! loco estoy... Este invierno
he de abrir, hecho un bolonio,
la puerta del matrimonio
para entrar en el infierno.
Locuras hace quien ama,
díganlo si no de mí,
que voy ciego tras el sí
más difícil de la gama. (Pausa.)
Antes veré... ¡quién se fía
de unos ojos malagueños! (Pausa.)
(Con nuevo arrebato.)
Mas si es el angel que en sueños
se forjó mi fantasía,
á su conquista me animo,
porque es cosa decidida,
que alguna vez en la vida
tengo yo que hacer el primo.

ESCENA V

SERAFÍN y SOFÍA pintada escandalosamente, y vestida con elegancia, pero con exageración.

SOFIA. Bonjour, monsieur.
SERAFIN. ¡Prima mía!
¿Cómo está usted?
SOFIA. ¿Yo? Trés bien.
¿Y usted?
SERAFIN. Very well también.
(Siga la pedantería
andaluza afrancesada.)
SOFIA. ¡Usted aquí!
SERAFIN. De Madrid
huyendo, que yo de Cid,
la verdad, no tengo nada.
¡Blanca, qué transformación!
Esta chica era morena.

¡Si viene de polvos llena!
¡Si parece un mascarón!
Prima, en tu dulce presencia
del mundo entero me olvido:
un siglo me han parecido
estas semanas de ausencia.
Con qué placer las soirés
recuerdo de don Crispín,
y aquella danza, *El tín tín*,
que bailamos no hace un mes,
y aquel paseo que dimos
bajo guirnaldas de flores,
y entre vasos de colores,
la última vez que nos vimos.

SOFIA. La última vez que á usted ví
fué en Rosini en *El Profeta*.

SERAFIN. Cierto.

SOFIA. (Con exageración y pedantería.)
¡Cómo lo interpreta
el sublime Tamberli!
¡Qué tenor! ¡Cómo frasea!
¡Qué dicción tan esmerada!

SERAFIN. ¿Usted estuvo abonada
en un palco de platea?

SOFIA. Hasta el día en que me vine.
¿Quién pasa sin un abono?

SERAFIN. Claro. (La gente de tono
es preciso que se arruine.)
(Pausa.)
(Reluce como charol.)
¿Y ustedes aquí en Logroño. .

SOFIA. No hay más remedio, este otoño,
á no marcharse al Mogol...

SERAFIN. ¿Le gustan á usted los viajes?

SOFIA. ¡Son mi encanto, mi delicia!
¡Si me iría á la Nigricia!

SERAFIN. (Buen gusto de ver salvajes.)

SOFIA. (Acercándose á Serafín y hablando con petulancia.)
Como algún loco de atar
me lleve á la Vicaría,
en su alegre compañía
la Europa he de visitar,

y en ocho meses cabales
hemos de dar un paseo
desde aquende el Pirineo
hasta los montes Urales.

SERAFIN. (¡Digo, digo! esta mujer
es una contribución
que me impone el corazón.)
¿Conque sí? Vamos á ver:
¡pensamiento es á fe mía
asombroso, peregrino!
(En cambio es muy mal camino
para ir á la Vicaría.)
Sepamos en conclusión
el sublime itinerario
de ese viaje extraordinario.

SOFIA. De mi casa á la estación.

SERAFIN, Es natural: ¿y después?

SOFIA. Desde Madrid á Bayona,
y atravesando el Garona,
á París por todo un mes.
¡París! que en vida febril
en torno al Sena se agita.
¡La ciudad cosmopolita!

SERAFIN. (La del baile de Mabille.)

SOFIA. Solo, Serafin, en Francia
vivir se sabe y gastar.
¡Qué finura en el hablar!
¡y en el vestir, qué elegancia!
Al dar fin á mi camino,
y al terminar mi campaña,
¿qué diré de nuestra España?

SERAFIN. (Qué sé yo: algún desatino)

SOFIA. Nuestro poder se desquicia:
marchamos en retroceso:
no hay instrucción, ni progreso,
ni libertad, ni justicia.
Son los toros, las boleras,
la olla podrida maldita
nuestras glorias.

SERAFIN. (Mi primita
me va cargando de veras.)
Hasta ahora en París quedamos,

¿acabóse nuestra historia?
SOFIA. ¡Es verdad; fatal memoria!
Prosigamos.
SERAFIN. Prosigamos.
SOFIA. Pasado en París un mes,
voy á Chalons y Straburgo,
á Bruselas, Lieja, Hamburgo,
y á Dinamarca después.
Recorro Saboya y Niza;
sigo al Rhin en su carrera,
y vogo en barca ligera
por los lagos de Suiza.
Tras las glorias de la Galia,
trepando al rudo Mont-Blanc,
me arrojo sobre Milán
para visitar la Italia,
Venecia la encantadora,
y cerca de las Pontinas,
hoy triste montón de ruinas,
Roma, del mundo señora.
SERAFIN. (Está fuerte en Geografía.)
SOFIA. (Con entusiasmo creciente y exagerado.)
Luégo desciendo al Vesubio,
y ascendiendo hasta el Danubio,
me precipito en Turquía.
(Como en éxtasis.)
¡Ver del Bósforo las olas,
los sectarios del Corám,
los harenes del sultán,
y los bajás de tres colas!
Tierra de delicia es,
donde felíz viviría.
SERAFIN. (Mi pobre prima Sofía
va á parar en Leganés.)
SOFIA. Y en la Turquía Europea
el viaje toca á su fin.
SERAFIN. (Con afectada admiración.)
¿Y se deja usted Pekín,
la Mandchuria y la Corea?
SOFIA. En Grecia, primo, me embarco,
y después de visitar
Malta, arribo á Gibraltar,

si no me sepulta el charco.

SERAFIN. (Y no será maravilla,
prosiguiendo este camino,
parar en San Bernardino
ó en la cárcel de la villa.)
Lo contrario á mí me pasa,
pues abandono sin pena
la agitación de la agena
por la quietud de mi casa:
y paso la vida tan
dichoso como tranquilo,
sin ver el Ganges, ni el Nilo,
ni la cara del sultán.
Y en los Campos cualquier día,
sin marcharme al lago *Como*,
una barquichuela tomo
y me paseo en la ría.
No me admira la elegancia
de la buena sociedad:
excitan mi hilaridad
los figurines de Francia:
á la ley de mi albedrío
tan sólo acato y venero,
y hago en todo lo que quiero
y de los demás me río.

SOFIA. ¿Y el influjo de la moda?
¿Quién no se humilla á esa reina
que nos viste y que nos peina
como á su gusto acomoda?
Serafín, no hay otro medio.
¿Si todos se van al Norte,
cómo me quedo en la corte
para morirme de tedio?
¿Cómo, sin vestirme mal,
contra un figurín bisoño,
me planto un lazo en el moño
si otras llevan un puñal?
Yo encuentro hasta poesía
en un traje *comm'il faut*.
¿Y usted, Serafín?

SERAFIN. Pues no,
¡si esa es mi eterna manía!

¡Soy acaso un badulaque!
¿qué hombre de gusto se niega
á cubrir la estátua griega
con moñas y miriñaque?
(Mirándola fijamente.)
¿Pinta usted?

SOFIA. Alguna vista
de paisaje.

SERAFIN. ¡Cosa es clara!
Si se conoce en la cara:
tiene usted cara de artista.
Usted hará. .

SOFIA. (¡Qué tunante!)

SERAFIN. Prodigios con los pinceles.
(Mirándola á la cara con marcada intención.)
El sublime arte de Apeles
la rebosa en el semblante.
(Sofía se aleja fingiéndose indignada.)

SOFIA. ¡Caballero!

SERAFIN. (Se me fué
la lengua.) ¿Qué, señorita?

SOFIA. Explicación necesita
ese equívoco.

SERAFIN. No, á fé.

SOFIA. No le creyera capáz...

SERAFIN. ¡Pero prima!

SOFIA. ¡Qué insolencia!
(Se le acabó la paciencia.)

SERAFIN. Pero...

SOFIA. ¡Déjeme usté en paz!
(Vase por la derecha.)

ESCENA VI

SERAFÍN

Ó yo estoy loco, ó yo sueño,
ó esta muchacha infelíz,
ha perdido la cabeza
desde que dejó á Madrid.
Si era buena como un ángel,
bella como un serafín,

con su cara muy lavada,
muy honesta en el vestir,
con un pico que dejaba
á Cicerón chiquitín.
Yo me dejé una pollita
lista, graciosa, gentil...
y me encuentro una pintura
con cada brochazo así.
Antes que darla mi mano
me voy al Mississipí,
ó en el Ebro me sepulto,
ó me hago monje ó derwich.
¡Tanto descubrir el cuerpo
y tanto el rostro encubrir!
Mucho escote, manga corta,
y la cara con barníz,
¡careta que no taladra
ni una bala de fusil!
Ayer rubia y hoy morena,
mañana blanca, y así,
como mudan de vestido
van á mudar de matíz.
¡Y luégo con tanto polvo!
Nada; el arroz va á subir.
(Breve pausa.)
¿Y su educación francesa?
¿Y su anhelo de lucir
vestidos, lazos y galas
al último figurín?
¿Y sus fabulosos viajes
por cima del Mont-Cenis?
Nada, nada, no te casas,
no te casas, Serafín!
(Vase por la izquierda.)

ESCENA VII

PÁNFILO y BRÍGIDA, entran del brazo por el fondo.

PANF. ¿No entiende usted, ¡quedo estático!
lo que mi lengua perfila?
BRIG. Como yo no soy sibila

y está usted tan enigmático...

PANF. (Hoy venzo á Máiquez y Talma.)
¡Brígida! me siento enfermo:
palidezco, sudo, mermo...

BRIG. ¿Usted enfermo?

PANF. ¡Del alma!
¡Qué me importa, pesia mí,
que en un mefítico sorbo
me trague el cólera morbo,
si tengo el cólera aquí!
(Llevando la mano al corazón.)

BRIG. ¡Huyamos! (Separándose.)

PANF. (Acercándose con cariño á Brígida.)
No es contagioso;
¡es una hoguera infernal,
que arrebata á este mortal
la paz, la dicha, el reposo!
Un volcán, cuya irrupción
tanto el pecho me traspasa,
que el chaleco se me abrasa
del lado del corazón.

BRIG. (¡Se me declara!)

PANF. ¡Señora!...
¡Yo la quiero á usted!

BRIG. (¡Jesús!
¡Me va á dar un patatús!)

PANF. ¡Acabemos, que ya es hora!
(Cae de rodillas.)
Esa mano de jazmín
para mí pido contrito,
y de Sofía el palmito
para el pobre Serafín.

BRIG. Pánfilo... por compasión...
álcese usted... de repente...
(Aprovechando el estar de rodillas, inclina la cabeza cuando Brígida habla, para mirarla la boca.)

PANF. (¡Ay! no la queda ni un diente;
pero la queda un millón.)
¡Concédeme lo que anhelo,
dulce imán de mi albedrío!

BRIG. Vamos, ¿qué he de hacer, Dios mío?
¡Álcese usted, picaruelo!

(Le hace un mimo y le da una palmadita en la cara.)

PANF. ¡Oh! ¡palabra celestial,
que alegre el alma escuchó,
rica perla que cayó
de esa boca de coral!
Se enloquece el corazón
de tus ojos al hechizo...

BRIG. Calla, que me ruborizo; (Haciendo arrumacos.)
viene Sofía, chitón.

ESCENA VIII

DICHOS y SOFÍA

PANF. ¡Sobrina del alma!

SOFIA. ¡Tío!

BRIG. Niña ¿qué mudanza es esta?

PANF. ¿Y ayer?

BRIG. Estuvo indispuesta.

PANF. Mucho mimo.

BRIG. Algo. ¡Dios mío!
¡Vaya una cara de hiel!

PANF. ¡Qué elegante! ¡lindo traje!

BRIG. ¿Y tu primo?

SOFIA. Es un salvaje,
ahora he reñido con él.

PANF. ¡Cómo! ¡Serafín! ¡bribón!

SOFIA. ¡Déjele usted!

PANF. ¡Descarado!
¡Puesto en cruz y arrodillado
ha de pedirte perdón!

ESCENA IX

DICHOS y SERAFÍN

PANF. Vaya un modo de portarse
con su prima angelical.
Pida usted perdón de hinojos
y no sea tan montaráz.

SERAFIN. Sofía, perdone usted,
yo no la quise ultrajar,
ni herir en manera alguna

su susceptibilidad.
Mis inocentes palabras
ha interpretado usted mal.

SOFIA. Soy generosa y perdono.
(Se sientan: Sofía y Serafín próximos á la mesa; Pánfilo y Brígida en el sofá.)

BRIG. (A Pánfilo.)
Bien pronto se arreglarán.

PANF. Dentro de un mes á Madrid
y dos bodas á la par.

BRIG. Y viviremos juntitos,
¿verdad, Pánfilo?

PANF. Verdad.

BRIG. Seremos cuatro palomas
en el mismo palomar.

SERAFIN. (Á Sofía.) Qué elegante viene usted
para ver á un barrabás.
(Mirando á los piés.)
Botitas de alto tacón,
en la cabeza un rosal,
pendientes de limpia plata
de casa del alemán,
vestido de último *chique*
con cola descomunal;
de un color, ¿color de qué?
tiene un brillo singular.
(Sofía se levanta para lucir el vestido.)

SOFIA. Es color de banco inglés,
que es de última novedad. (Pausa.)

BRIG. (Á Pánfilo.) Ganas tenía de esposo,
don Pánfilo, la verdad.
Como una es joven y.. en fin...
hay tantos tunos que van
á caza de gangas... pues.

PANF. ¡Es una fatalidad!
(Asegurado de incendios
está ya este carcamal.)

BRIG. ¿Si usted me quiere, don Pánfilo,
qué me importa lo demás?
Las hablillas desafío
de la imbécil sociedad.

SERAFIN. (Á Sofía, que hojea un libro.)

¿Qué libro es ese, Sofía?

SOFIA. Es un chistoso román
de Paul de Cock.

SERAFIN. ¡Diablo!

SOFIA. ¿Qué?

BRIG. ¿Quiere usted? (Ofreciéndole rapé.)

PANF. Mil gracias. ¡Ach!
(Estornudando.)

SOFIA. ¡Qué escritor tan humorístico!
¡Qué ingenio, qué esprit, qué sal!
Él tiene en mi biblioteca
un preferente lugar
con el grande Víctor Hugo,
Frederic Soulié, Dumas,
Edmond About, Chamfleury,
con Gorge Sand y Balzac,
Octavio Feuillet, Souvestre,
Mery, Ponson du Terrail.

SERAFIN. (Interrumpiéndola.)
¿Y no lee usted el Bertoldo,
ni el Robinsón, ni el Gil Blas?
(Se levanta incomodado y se pasea.)
(Qué lástima de muchacha.)

SOFIA. (Ya no me puede aguantar.)
(Silencio profundo; Serafín se pasea; Sofía mira algunos libros.)

BRIG. Vamos á ser muy felices,
¿verdad, Pánfilo?

PANF. (Indicando fastidio.) Verdaaaaa.
(Terminando con un bostezo.)

BRIG. ¡Qué dicha vivir juntitos!

PANF. Qué aaa... (Bostezando.)

BRIG. Aaa. (Id.)

SERAFIN. Aaa. (Id.)

SOFIA. Cómo bostezan ustedes.

BRIG. Hambre sin duda será.

SOFIA. Ó será sueño.

SERAFIN. (Ó fastidio.)

BRIG. Ven, Sofía

SOFIA. ¿Qué, mamá?

BRIG. (A ella, bajo.)
Una mesa parisiense

es preciso preparar,
y quiero que me aconsejes
con ese gusto especial...
(Alto.) Señores, hasta después.

SOFIA. (Corro á quitarme el disfráz
que es ya broma muy pesada
para no ser Carnaval.) (Se va por la derecha.)

ESCENA X

DON PANFILO y SERAFÍN

PANF. ¡Ya está la prima en la red;
hoy la mano de Sofía
me ha concedido tu tía!

SERAFIN. Y á mí, ¿qué me cuenta usted?

PANF. ¡Bien! Me haces dar este paso...

SERAFIN. Que es en balde, yo os lo fío.

PANF. ¿Estás loco?

SERAFIN. Aunque usted, tío,
se empeñe, ya no me caso.

PANF. ¡Vamos, sobrino, por Dios!
¡nna riña, un arrebato!

SERAFIN. Entre ella y el celibato...

PANF. ¿Qué?

SERAFIN. Me quedo sin los dos.

PANF. Ya olvidarás la querella.
Ve que estoy comprometido
á regalarla un marido.

SERAFIN. Pues cásese usted con ella.

PANF. Hombre, no seas atróz.
Si tiene un dote Sofía...

SERAFIN. Que se lo gasta en un día
en polvos de oro y de arroz.

PANF. ¿Mas qué defectos presenta?
Todo en alla son encantos.

SERAFIN. ¡Ay tío! Si tiene tantos,
que ya he perdido la cuenta.

PANF. Un garrotazo mereces,
al hablar con tal cinismo
de una niña que tú mismo
has alabado mil veces.
¡Portarse de modo tal

con su tío es una infamia!
SERAFIN. ¡Si adora la poligamia!
PANF. ¡Y eso te parece mal!
SERAFIN Son su perpetua manía
viajes, afeites y modas,
y después de nuestras bodas,
quiere marcharse á Turquía.
PANF. Eres, sobrino, un camueso.
SERAFIN. Si es mi desgracia patente,
si el gran imperio de Oriente
la tiene sorbido el seso.
Allí, de fijo, me inmola,
á algun sectario de Alá,
ó se prenda de un bajá
sólo porque lleva cola.
PANF. ¡Bah, la cuestión se acabó!
sin tu voluntad me paso.
¡Te casarás!
SERAFIN. ¡No me caso!
PANF. ¡Pues te casarás!
SERAFIN. ¡Pues no!
¿Pero tío, está usted loco?
PANF. ¿No conoces, insensato,
que si rompes el contrato
no me caso yo tampoco?
SERAFIN. ¡Cómo!... ¡Gracioso entremés!
Usted de virtud tan rígida
se piensa casar...
PANF. Con Brígida
antes que termine el mes.
¿Qué me dices?
SERAFIN. (¡Vaya un par!)
Don Pánfilo, lo confieso,
me deja usted patitieso.
PANF. ¿No me puedo yo casar? (Con tono sentimental.)
Es triste cruzar, sobrino,
el piélago de la vida
sin una mujer querida
que consuele al peregrino.
Vivir el corazón yerto,
seca el alma, y solitario
como un arbol entenario

arraigado en el desierto;
y sumido en el dolor,
morir solo y sin dejar
un ángel que vaya á echar
sobre tu tumba una flor!
Del hogar en el espacio
sólo dicha encuentra el hombre.
SERAFIN. Permita usted que me asombre.
¿Lo ha pensado usted despacio?
En fin, si su corazón
ansía una compañera,
eso ni un ápice altera
mi firme resolución.
PANF. Así una belleza típica
desprecias, y á tu locura
sacrificas mi ventura.
SERAFIN. (Aguantemos la filípica.)
PANF. No labrarás mi desgracia;
mañana...
SERAFIN. ¿Y mi autonomía?
PANF. Esa es una tontería, (Montado en cólera)
que inventó la democracia.
Mi sistema es menos malo
y á tal confusión ageno:
esto mando y esto ordeno,
y al que no le gusta... ¡palo!
¡Me va á dar un sofocón;
tu proceder es horrible!
Serafín...
SERAFIN. Es imposible.
PANF. Serafín...
SERAFIN. Si no es razón.
PANF. Despreciar una beldad,
un ángel...
SERAFIN. Antes; que ahora...
PANF. No se pierde en una hora
tanta virtud.
SERAFIN. Es verdad...
pero en fin, tío, hasta el fondo
registre usted su conciencia...
PANF. Me marcho de tu presencia...
¡si no de mi no respondo!

(Vase por la derecha.)

ESCENA XI

SERAFÍN solo.

Y casi tiene razón,
no se convierte en un día,
una mujer en harpía
con tan bello corazón...
¡Si lo he visto, lo he palpado!...
en conjeturas me pierdo;
pues señor, ó no estoy cuerdo
ó Sofía me ha engañado.

ESCENA XII

SERAFÍN y SOFÍA, sin pintar y con un traje elegante, pero modesto.

SOFIA. ¿Qué sucede, primo mío?
¡grita usted de una manera!
SERAFIN. Una disputa ligera
que he tenido con mi tio.
(¡Hombre, está morena, sí!
¿y el carmín? ¡Cosa rara!)
SOFIA. ¿Tengos monos en la cara?
¿Por qué me mira usté así?
SERAFIN. Prima, admiro la belleza
que donó á usted la natura,
la irresistible hermosura
de su agraciada cabeza,
y esa faz que brinda amores,
y como hortensia divina,
al paso que el sol camina
va mudando de colores.
SOFIA. Está usted, primo, zumbón.
SERAFIN. Y usted triste.
SOFIA. Sí, á fé mía.
Inspiran melancolía
las penas del corazón.
SERAFIN. ¡Penas!
SOFIA. Sí. ¿Quién no las tiene?

lloro falsías de un hombre,
tal vez conozca usté el nombre.
SERAFIN. (Bueno. ¡Romántica viene!)
SOFIA. Porque tenemos defectos
¿desprecio y baldón profundo
merecemos? ¿En el mundo,
acaso, hay hombres perfectos?
Si con dolores y penas
su existencia acongojamos,
si su desgracia labramos,
¿por qué no nos hacen buenas?
Del hombre sin egoísmo
es el más santo deber,
regenerar la mujer
de su amor con el bautismo.
Y el deber de esposo y padre
es, de una oveja extraviada,
hacer una esposa honrada,
hacer una honrada madre.
SERAFIN. ¡Verdad! ¡sublime mujer!
¡Perdona! ¡yo estaba loco!
(Vamos, vamos, poco á poco,
¡pues no me iba á convencer!
¡Es otra, yo desvarío!
No tiene una pincelada:
esta chica está tocada
de la cabeza, ¡Dios mío!)
Vaya, prima, por favor,
no me diga usted tontunas;
para cargar con algunas
se necesita valor.
¿Cómo hago yo el desatino
de dar mi mano á un demonio
que al año de matrimonio
me planta en San Bernardino?
Niña hay que se adoba y pinta
y quiere palco y carruaje,
y cada semana un traje,
y en cada reino una quinta.
Las hay, pájaras de cuenta,
que apeteciendo millones,
venden su amor á coscones

que pasan ya de sesenta.
Quién del vicio en la ancha escala
por lucir y deslumbrar,
fuera capáz de cargar
con un indio de Bengala.
Y otras que se dan al diablo,
porque en edad ya madura
no les ha leído el cura
la epístola de San Pablo.
En fin, variedades cien
de un tipo, cuyo principio
es cazar, sin perder ripio
marido, no importa el quién.

SOFIA. Comprendo que á tales seres
no entregue usté el corazón;
pero, Serafín, no son
así todas las mujeres.
¿Y si encuentra usté encarnado
de este mundo en el erial,
algún día, el ideal
de mujer que usté ha soñado?
Una niña candorosa,
toda modestia y ternura,
como una madona pura,
como una Venus hermosa,
que dentro del corazón
diese por usted asilo
á un amor dulce y tranquilo,
de Dios pura emanación.
Que de virgen la corona
de su frente inmaculada
se arrancase, enamorada,
para ser noble matrona.
Que en paz viviese y reposo,
el alma y los ojos fijos
en el amor de sus hijos,
y el cariño de su esposo.
Que de honradéz ejemplar,
virtuosa, humilde, sincera,
ángel de ventura fuera
en el doméstico hogar.
Y de la virtud la palma

ganando entre las mujeres,
hiciese un ser de dos seres,
y de dos almas un alma.

SERAFIN. Basta ya, mujer divina:
¡esa eres tú, mi tesoro!
¡angel celestial que adoro,
que mis sentidos fascina!
Si encierras un corazón
tan bello, ¿á qué calumniarlo?
¿por qué detras ocultarlo
de un velo de almazarrón?
¡Amor me hace al fin caer
á tus plantas, prima mía!
(Se arrodilla.)
Ya que encontré á mi Sofía,
que no la vuelva á perder.
(Don Pánfilo aparece en el fondo. Sofía huye. Serafín permanece de rodillas.)

ESCENA XIII

DON PÁNFILO y SERAFÍN

PANF. ¡Bravo, sobrino, te luces!
Magnífica posición.
Después de decir que es
esa niña un Astarot
(Serafín se levanta)
y un basilisco, la adoras
de rodillas como á Dios.

SERAFIN. ¿Cuándo dije yo tal cosa?

PANF. ¿Conque no lo has dicho?

SERAFIN. No.
Hablar yo mal de una niña
bella y pura como el sol,
con una cara divina
y un hermoso corazón.
¡Oh! ¡quien tal diga, don Pánfilo,
es un villano impostor!

PANF. ¡Muchas gracias! pero en fin,
ya adivino tu intención:
quieres fingir que tu prima

no te ha engañado.
SERAFIN. Á mí no.
PANF. No lo ocultes. Doña Brígida
me ha revelado el complot.
Mi sobrina, para ver
si es tu cariño vapor
que el viento arrastra, ó si es
indestructible pasión,
se ha fingido una muchacha
de insoportable sabor,
se ha embadurnado la tez
con polvos y almazarrón,
te ha dicho mil tonterías
en francés y en español,
y has mordido en el anzuelo
como el más bobalicón
que come pan en la tierra
y que se calienta al sol.
En fin, te cautiva el dote,
¿quieres casarte? ¡Mejor!
Voy á dar parte á tu tía
de tan laudable intención. (Vase.)

ESCENA XIV

SERAFÍN

SERAFIN. (Pensativo.)
Me ha engañado. ¿Y para qué?
Asaltan mi corazón
tales sospechas... el dote...
ya comprendo, ¡justo Dios!
¡Me han vendido! ¡y me ha vendido
el angel que adoré yo! (Con sentimiento.)
¡Este es un lazo villano,
una infamia, una traición!

ESCENA XV

SERAFÍN, PANFILO, BRÍGIDA y SOFÍA

PANF. Ahí tiene usted á su yerno,
abrácele usted.
(Brígida corre á Serafín; éste la detiene.)
SERAFIN. ¡Qué horror!
PANF. ¡Está rabíando porque
les echen la bendición!
SERAFIN. ¿Cuándo he dicho yo tal cosa?
PANF. ¿Conque no lo has dicho?
SERAFIN. ¡No!
¿Casarme con quien me juzga
tan miserable y traidor,
y calumnia el sentimiento
santo de mi corazón?
SOFIA. (¿Qué está diciendo?)
PANF. Sobrino,
tú estás loco.
SERAFIN. ¡Sí señor!
¡Ahí tengo el caballo... monto,
y para siempre me voy
adonde no haya una falda
ni se fabrique un doblón!
BRIG. ¡Eh! ¡Serafín!
PANF. ¿Y el almuerzo?
SERAFIN. Para almuerzos estoy yo,
y tengo todos los diablos
danzando en el corazón.
(Vase corriendo por el fondo.)

ESCENA XVI

DICHOS menos SERAFÍN

SOFIA. ¡Serafín!
PANF. No nos escucha.
BRIG. ¡Se ha vuelto loco, gran Dios!
(Corren en tropel á la ventana.)

SOFIA. ¡Ya ha montado Serafín!
BRIG. ¡Se va sin decir adiós!
SOFIA. No hace caso.
PANF. ¡Cómo corre,
se va á matar!
SOFIA. ¡Ya cayó!
PANF. Corro por él, ¡qué cabeza!
¡Se ha partido el esternón!
(Vase corriendo.)

ESCENA ÚLTIMA

SOFÍA y BRÍGIDA; luégo PÁNFILO y SERAFÍN

BRIG. Mira lo que ha producido
tu magnífico complot.
SOFIA. ¡Pobre Serafín... Dios mío!
¡Se me parte el corazón!
BRIF. (Gritando desde la puerta.)
Ya suben. ¿Se ha roto algo?
PANF. (Desde dentro.)
No asustarse, es un chichón.
(Entra Serafín, apoyado en su tío.)
SERAFIN. Señorita...
SOFIA. Primo mío...
¡Qué pálido está!
BRIG. Pues no.
SERAFIN. (Ahora voy á desmayarme,
y veremos ese amor
cómo se explica.) ¡Dios mío!
(Hace como que se desmaya y cae en un sillón.)
BRIG. ¡Socorro!
PANF. ¡Se desmayó!
(Corren doña Brígida y don Pánfilo atolondrados. Sofía se acerca con ansia á Serafín.)
BRIG. ¡Arnica! ¡Esencias! ¡Colonia!
(Aparecen criados en la puerta. Don Pánfilo hace aire á Serafín con un sombrero.)
PANF. Que llamen á un sangrador...
BRIG. Un vendaje...
PANF. ¡Cataplasmas!

BRIG. ¡Que traigan medio limón!
(Sofía oprime una mano de Serafín entre las suyas.)
SERAFIN. (¡Ay, qué mano, Dios del cielo,
qué dulcísimo calor!)
SOFIA. (Con angustia.)
¡Ay! Serafín de mi vida...
SERAFIN. (¡Cómo aprieta! ¡me curó!)
(Serafín se pone en pié de un salto; Sofía se retira avergonzada.)
Y diga usted, señorita,
¿no he de guardarla rencor
cuando me juzga capáz
de tan miserable acción?
¡Oh, sí señor, la he querido,
la he querido, sí señor!
¡Pero desde hoy la aborrezco
y la olvido... y se acabó!
PANF. ¡Pero, por Cristo, sobrino!
BRIG. ¡Pero sobrino, por Dios!
SERAFIN. Nada, nada, no me ablando
por ninguno de los dos...
á menos que usted no acepte
una capitulación.
SOFIA. ¿Cómo no? Si estoy vencida.
Hable usted.
BRIG. Ya se amansó.
SERAFIN. Yo la doy á usted mi mano
si la quiere... sin rencor,
pero del maldito dote
no acepto un real de vellón
BRIG. ¡Qué generoso!
PANF. Es un rasgo
digno de Roger de Flor.
BRIG. La dote, Pánfilo mío,
se quedará entre los dos.
PANF. No vendrá mal, porque... en fin,
si tenemos sucesión...
BRIG. No me hable usted de esas cosas,
que me pongo tricolor.
SOFIA. ¿Serafín, perdóname...
me perdonas?
SERAFIN. ¿Cómo no,

si eres el ángel que ví
en mis ensueños de amor?
Escucha; que una letrilla
lo dirá mejor que yo.

—

Á aquella que, sin pareja,
luce soberbia romana,
y los pinceles profana
en mejilla, labio y ceja.
Á la que el cutis tostado
se baña en polvos de arroz,
y brilla de un modo atroz,
como un maniquí pintado,
mirándola de trasluz,
la cruz.
Á la que no se adereza
sobre la espalda, flotante
una castaña gigante
más grande que su cabeza,
y agena á necio temor,
bueno ó malo, cual le toque,
lleva el rostro sin reboque
y en él asoma el rubor
como en tu faz, sin mampara,
la cara.
Á la niña que se prenda
de unos pendientes de acero,
ó del mostrador entero
de alguna pícara tienda,
y hace gastar al papá,
de sus mimos al engaño,
el sueldo de todo un año,
aunque sin blanca quizá
coman después alcuzcúz,
la cruz.
A la que no alcanza palma
por su elegancia en la villa,
y honesta y virtuosa brilla
por las prendas de su alma,
que ni se aprieta, ni afina,
ni se trunca la cintura,
ni en reducida clausura

el pié lleva, ni le empina
con tacón de media vara,
la cara.
Á la que quiere en estío
ir á bañarse á Vichy,
y es su sola maladíe
tener el cráneo vacío.
Que escribe y canta en francés,
dormita como un sultán,
come como un alemán,
y bebe como un inglés,
y habla en francés y andalúz,
la cruz, sí señor, la cruz.
Y en fin, á la que es honrada
y laboriosa y sincera,
española verdadera
como tú, prenda adorada,
ni de su rostro orgullosa,
ni gazmoña, ni veleta,
ni con los hombres coqueta,
ni con otras desdeñosa,
ni de más belleza avara,
¡la cara, señor, la cara!

FIN

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación se autorice con las supresiones hechas.
Madrid 28 *de Abril de* 1866.

El Censor de Teatros.
NARCISO S. SERRA.

Queda suprimido lo marcado por el censor.

EL AUTOR.